

## INSTRUCCION DECIMOQUINTA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

## INSTRUCCION SEGUNDA.

PROMESA DE LA SAGRADA EUCARISTIA; INSTITUCIÓN DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Amen, amen dico vobis... Ego sum panis vitæ. qui de cælo descendi.* En verdad, en verdad os digo... Yo soy el pan de vida que descendí del cielo...

(SAN JUAN, CAP. VI, PASSIM.)

EXORDIO. — Hermanos míos, más de una vez se ha presentado á mi espíritu una reflexión á propósito de la sagrada Eucaristía. ¡Oh! dejad que os la comunique... la confío á vuestros corazones, como á vuestra fé de cristianos. ¡Ojalá os pueda consolar á vosotros, como á mí más de una vez me ha consolado!... En cuanto un católico quiere dejar de ser buen cristiano, se rebela en cierto modo contra el misterio de la Eucaristía; ya no cree, ó cuando menos pretende no creer ya que Jesús esté presente aquí en el santo tabernáculo. Infeliz amigo, no digas que no crees ya en el Dios de tu primera comunión; dí solamente que quisieras no creer ya en él: esto será á la vez menos impío y tal vez más cierto...

Por otra parte, al leer la historia de la conversión de los Lieberman, Ratisbonne, Hermann y tantas otras almas rectas, cuyos nombres no es menester que os cite, observo con satisfacción que á casi todos es el misterio de la Eucaristía el que los hace venir hácia nosotros... Si tuviese que reasumir sus pensamientos, sus aspiraciones, sus deseos, me contentaría con esta sola frase: « ¡Oh Dios, vos veis el fondo de nuestros corazones; nosotros amamos la verdad, tenemos sed de vos, nuestras

almas necesitan sentirnos, estrecharos más de cerca (1). Únicamente en la Iglesia católica se os encuentra bajo esta adorable forma que se llama la Eucaristía... ¡Pues bien, allí iremos á buscaros! Es la religión que necesitan nuestras almas, porque nuestros sedientos corazones os desean... » Y en nuestros días hemos visto á Faver, á Newman, y ayer veíamos aún, y hoy vemos tal vez inteligencias privilegiadas que abrazan el catolicismo por causa de la sagrada Eucaristía. (2)...

¡Oh buena, oh dulce Virgen María, encanto de los corazones, Madre para siempre amada, también sé que vuestro culto bendecido y vuestra poderosa intercesión han atraído al dulce yugo de vuestro Hijo á más de una alma extraviada por las sendas del error... ¡Sí, vos sois un elocuente apóstol, Madre mía! ¡Sí, vos sois una poderosa convertidora!... Permítaseme, sin embargo, decir que vuestro Hijo, el Dios de la Eucaristía, es aún más poderoso.

PROPOSICIÓN. — Carísimos hermanos, en la instrucción anterior os mostré este misterio de la sagrada Eucaristía representado bajo la antigua ley, y profetizado de antemano por signos y símbolos: hoy vamos á ver la realidad viniendo en pos de las figuras.

DIVISIÓN. — *En primer lugar*, Jesús anuncia á sus discípulos que instituirá este sacramento. *En segundo lugar*, institución de la sagrada Eucaristía. ¡Oh Dios, que estais presente en este tabernáculo, dignaos otorgarme la gracia de hacer comprender bien á estos fieles que me escuchan este misterio de abnegación y de amor!...

*Primera parte.* — Esta instrucción, hermanos míos, será en cierto modo una historia, un simple relato tomado del Evangelio. Algun tiempo antes de su muerte, nuestro adorable Jesús, cuya fama, á consecuencia de los prodigios y milagros que obraba, se extendía por toda la Judea y aún más lejos, veía á una inmensa muchedumbre reunida á su alrededor... A los unos, retenidos por la curiosidad, les gustaba considerar las curaciones maravillosas, los numerosos beneficios que señalaban su paso; los otros no se cansaban de oír aquellas suaves lecciones, aquellas verdades divinas, que brotaban de sus labios santos, cual

(1) Vida de los santos, por el P. d'Orléans.

(2) En el momento en que escribo estas líneas, octubre de 1878, es la condesa de Guiche, de la familia Rothschild; mañana será otro.

se derrama la miel de una colmena demasiado llena. ¡Almas benditas, os comprendo!... Jesús está con vosotras, y para seguirle, os olvidáis de vosotras mismas... Mas él conoce vuestras necesidades... Y para aquella multitud de oyentes atentos, que le habían seguido hasta el desierto, hacía aquel milagro que más de una vez os hemos referido, y que se llama la multiplicación de los panes: es decir, que con dos peces y cinco panecitos de harina de cebada, saciaba á cinco mil personas... Pocos días después, esta misma muchedumbre maravillada de su bondad, entusiasmada por su poder, se agrupaba de nuevo á su alrededor, esperando tal vez un prodigio del mismo género. » Acaso no sea solamente el amor de la verdad lo que os trae, decía Jesús á algunos de ellos, nó, es para ver renovarse á vuestros ojos aquel prodigio de la multiplicación de los panes... Pero no conteis más con él; todo esto no es más que una preparación para un milagro más grande todavía... » — « Pero ¿qué has hecho de extraordinario? replicaban los Fariseos... Moisés hizo algo más sorprendente: hizo caer el maná del cielo, y durante muchas semanas nuestros padres se mantuvieron de él... Pero tú!.. »

Y Jesús, con su inefable dulzura, les decía: « No busqueis únicamente el alimento temporal, sino el que ha de aumentar en vosotros la gracia, y daros la vida eterna. Yo soy el pan de vida, el alimento que habrá de fortaleceros. Mi cuerpo es el que os daré á comer: mi sangre es la que debereis beber... Éste es el divino alimento que os dispondrá para la vida eterna... » Y los Fariseos, volviéndose hácia la muchedumbre, la decían: « No le hagais caso: nosotros sabemos como se llama; es Jesús, hijo de José: nosotros hemos conocido á su padre; su madre, que se llama María, vive aún entre nosotros: ¿cómo se atreve á decir que él es el pan vivo descendido del cielo?... » Y nuestro dulce Salvador, notando estos gérmenes de impiedad y de incredulidad lanzados en medio de la multitud, añadía con majestuoso acento: « No murmureis así, impíos, atreveos á hablar cara á cara... En verdad, os lo digo, la vida eterna será patrimonio únicamente de aquellos que habrán creído en mí... Yo soy el pan de vida: vuestros padres que, en el desierto, comieron el maná, murieron; mas yo seré, para los que me recibirán, una garantía de inmortalidad... Entendedlo bien, continuaba, lo repito, yo soy el pan vivo descendido

del cielo... El que pruebe de este pan vivirá eternamente... Para la vida de las almas permaneceré constantemente entre vosotros; pero este misterio no se comprenderá bien hasta que yo haya vuelto á subir hácia mi Padre (1). »

Así hablaba, hermanos míos, nuestro amable Salvador á la multitud que le rodeaba, predisponiéndola para la divina institución de ese dulce sacramento, que se llama Eucaristía... Y los impíos, los incrédulos y las almas débiles se alejaban de él, diciendo: « Duras son estas palabras; ¿cómo podrá dar á comer su carne y su sangre á beber? »

¡Dios mío! esta historia del Evangelio era, hasta cierto punto, una profecía, una representación de lo que tenemos ante nuestra vista. ¿Cuántos cristianos dicen, al hablar de este augusto misterio: « ¿Cómo puede hacerse esto?... ¿Cómo puede estar Jesucristo todo entero en la hostia?... » ; Y luego se alejan! ¿Es incredulidad, es cobardía?... ; Ah! más bien creo que es por falta de valor que por impiedad; ellos saben que el Santo, que está ahí en el tabernáculo, quiere corazones santos para ser bien recibido, y no tienen bastante energía para combatir sus faltas, sus defectos y triunfar de sus pasiones...

Muchos, dice el Evangelio, se alejaron de nuestro Salvador con motivo de estas palabras... Volviéndose entonces hácia sus discípulos, les decía con cierta inefable tristeza: « Y vosotros, amigos míos, cuando yo refiero estas maravillas que mi amor se propone obrar, cuando profetizo mi presencia para siempre jamás en el sagrado tabernáculo, entre los hijos de los hombres, ¿tendriais también el triste valor de abandonarme?... »

Ven, Pedro, ven á contestar en nombre de tus hermanos, en nombre de todas las generaciones cristianas, que saborearán las dulzuras de este sacramento de amor... Ven en nombre de todos los santos y santas que, mientras vivan en este pobre suelo, saborearán el banquete de la Eucaristía; ven, en nombre de todas las almas piadosas que, aún en nuestros días, encuentran en este augusto sacramento su fuerza y su consuelo; dile á Jesús que, lejos de alejarles, este inefable misterio les adhiere más íntimamente á él... ; Que se vayan los demás!.. ; Nosotros,

(1) V. todo el cap. vi del Evangelio según san Juan.

oh Jesús de la Eucaristía, no os abandonaremos jamás !.. Y Pedro contestaba con aquella abnegación, con aquella franqueza sincera que tan bello le presenta en el Evangelio : « Maestro, ¿nosotros abandonaros ?.. ¡Jamás!.. ¿A quién iríamos ?.. Solo vos teneis las palabras de vida... » Está bien, Pedro, tú has creído en la inmensa bondad de vuestro Maestro; por esto fuiste tú quien tuviste que decir la primera Misa que se celebró en este mundo y el primero en consagrar, después de tu augusto Maestro, el pan y el vino que se convirtieron en su cuerpo y sangre... ¡Bendito seas!

*Segunda parte.* — ¡Ay! hermanos míos muy amados, al hablar de éste admirable asunto, apodérase de mí la emoción, necesito mirar el augusto Tabernáculo, contemplar á Jesús y repetirle con san Pedro, con el admirable Pío IX, de muy santa memoria, con León XIII, este piadoso sucesor que le reemplaza hoy : « Maestro, abandonente los demás si quieren; lo que es nosotros, jamás!.. » ¡Oh Dios de la Eucaristía, Dios de fuerza, vos que sois el único que podeis dar á la voluntad humana la constancia que necesita para seros para siempre fiel, no permitais que, ni yo, ni estos fieles que me oyen, podamos jamás olvidar que solo vos poseeis las palabras de vida; mejor aún, que sois el Rey venerado por nuestros corazones, el Dios de nuestras almas, nuestro amor, nuestra vida, nuestro todo... Lo digimos en el día de nuestra primera comunión, os lo repetimos hoy y queremos retenerlo en la memoria...

Pero hay otra escena que os quiero relatar también : es la institución, el establecimiento de este adorable sacramento... Escuchad bien... Dentro de algunas horas, nuestro dulce Salvador será detenido en el jardín de los Olivos, después de las angustias de aquella agonía que todos conocéis... Acaba de hacer, con sus discípulos, aquella última comida que se llama la Cena... Se levanta; y como había amado mucho á los suyos, quiso hasta el fin mostrarles su ternura... ¡Oh prodigio de humildad!.. Jesús, el Rey de los cielos, el Todo Poderoso, el Criador de los hombres, coje una servilleta y se arrodilla á los piés de aquellos pobres pecadores, convertidos en sus Apóstoles... « Maestro ¿qué vas á hacer? le dice san Pedro; nó, nó, te humillas demasiado... no lo consentiré jamás. — Amigo mio, contestaba Jesús, déjame hacer; eso tiene que ser así : aún verás muchos otros prodigios de mi misericordia y de mi amor hácia las

pobres almas. » Luego, después de haber purificado á sus discípulos lavándoles los piés, signo de esa pureza de alma que se ha de tener para aproximarse á Él en la sagrada Eucaristía, instituía este adorable sacramento...

¡Ah, carísimos hermanos! antes de hablaros de este incomprensible misterio, experimento la necesidad de volver nuevamente los ojos hácia el tabernáculo, de decir á mi Jesús que está allí : » Salvador demasiado poco conocido, sed para siempre alabado y bendecido en el Santísimo Sacramento del altar! »

Una vez purificados sus Apóstoles, á excepción del traidor Judas... ¡al miserable, no había podido conmoverle tanto amor! su corazón abrigaba la más vil de las traiciones... Jesús, pues, tomó un pan, elevó sus ojos hácia el cielo, y luego, bendiciendo aquel pan, después de haber dado gracias á su Padre, cambió su sustancia en la de su cuerpo vivo : « *Tomad y comed, éste es mi cuerpo,* » dijo, distribuyéndolo á sus Apóstoles. Enseguida, cojiendo el vaso, el cáliz que contenía el vino, dirigiéronse asimismo sus ojos hácia el cielo, como para decir : ¡Oh Padre mio, tú consientes en este amor inmenso, que quiero demostrar á los hombres : sí, tú lo consientes... Una respuesta afirmativa descendió sin duda de aquel augusto santuario donde residen las tres divinas personas ; porque Jesús, distribuyendo á sus Apóstoles aquel cáliz, les dijo : « *Tomad y bebed, ésta es mi sangre.* Sangre tan real, tan verdadera como la que derramaré mañana para la redención de los hombres... »

¡Virgen María! ¡oh nuestra dulce y muy amada Madre! Vos estabais allí cuando se realizó aquel misterio de amor!.. ¡Os amaba tanto vuestro Hijo!.. Sí, vos debisteis ser la primera en gozar de aquel insigne favor... Augusto Tabernáculo, donde Jesús había querido tomar esa vida humana que debía sacrificarnos en el Calvario, vos fuisteis también, la piedad de vuestros siervos se complace en creerlo, sí, vos fuisteis el primer copón donde deposi ó Él la sagrada Eucaristía... ¡Oh Reina de mi corazón, yo me regocijo por vos, os felicito, y pido para mí y para estos fieles que me escuchan, algunas partículas de aquellas santas disposiciones con que vos la recibisteis!..

¿Es esto todo?... Nó, hermanos míos muy amados, trátase de un

sacramento, trátase de una institución, que debe hacer para siempre jamás vivo y tangible, en la santa Iglesia católica, el amor de Jesucristo por los suyos... Él les amó desde el principio, dice san Juan, pero les ha querido amar hasta el fin... — ¡Amigos, parecía decir á sus Apóstoles, viendo á Judas alejarse, dejadle partir!.. ¡Otros muchos veré!.. En cuanto á vosotros, yo os doy mi poder; vosotros renovaréis este misterio en memoria mía... Los Apóstoles se inclinaban ante este augusto mandato, y sobre ellos descendía una gracia inaudita, y les era dado un poder inmenso... Yo les veo, después de la Ascensión, durante los diez días que les separan del de Pentecostés, preparándose por medio del retiro, no sólo para recibir al Espíritu Santo, sino también para celebrar su primera Misa... Les veo, digo, como á nuestros jóvenes levitas, cuando nos disponemos para recibir el sacramento del Orden, recojerse en el silencio... Luego después, cuando recorro los Actos de los Apóstoles, leo que los fieles se reunían para participar juntos de la sagrada Comunión(1).

Vos, dulce Salvador, subisteis al cielo; pero este último mandato es demasiado venerable, demasiado importante para el bien de vuestra Iglesia, para la santificación de las almas fieles; nó, no será olvidado jamás... Se cumplirá este sacramento en memoria vuestra... Por todas partes, así en el norte como en el mediodía, así en las más desiertas playas como en el seno de las ciudades; sí, por todas partes se encenderán cirios, se levantará un altar y se ofrecerá, cual lo ha dicho el profeta, se ofrecerá, sí, al Altísimo una hostia pura y agradable(2). Y las almas piadosas, acercándose á la sagrada mesa, renovarán la cena de los Apóstoles recibiendo la comunión de nuestras manos. Todo esto, oh Salvador mio, no perecerá jamás; este prodigio mismo se renovará en memoria vuestra hasta el fin de los siglos... *Hoc facite in meam commemorationem.*

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, habeis comprendido bien los dos pensamientos que he tratado de desarrollar en esta instrucción.. Jesús, nuestro buen Salvador, anunciando que daría á los fieles un

(1) *Actos de los Apóstoles*, c. II, v. 42.

(2) *Malaquías*, c. I, v. 11.

pan más maravilloso que el maná, un alimento que sería para los suyos prenda de vida eterna... Después, este mismo Redentor, siempre adorable, realizando su promesa, y, próximo á la muerte, haciendo á sus Apóstoles, á la Iglesia, á nosotros, que somos los miembros de esta augusta sociedad, un legado divino, otorgando un beneficio supremo, el de la sagrada Eucaristía... ¡Oh! vosotros que no teneis fè, si los hay aquí, os diré que sois dignos de lástima; esta lámpara que arde, este tabernáculo que ella alumbrá ¿nada os dicen, nada recuerdan á vuestros corazones?... ¡Desgraciados!.. Nosotros los cristianos sabemos lo que hay; Jesús está ahí, nos vé, nos conoce, y de vez en cuando tenemos la dicha de recibirlo... ¡Ah! para Él sean nuestros corazones y nuestro amor en el tiempo y en la eternidad... Así sea.

## INSTRUCCION DECIMOSEXTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

### INSTRUCCION TERCERA

ATAQUES DE LOS HEREJES CONTRA ESTE AUGUSTO SACRAMENTO; SU JUSTIFICACIÓN POR LOS CRISTIANOS QUE LE PERMANECEN FIELES

TEXTO. — *Ecce ego vobiscum sum, usque ad consummationem sæculi.* He aquí que yo estoy siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos.

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 20.)

EXORDIO. — Al empezar esta instrucción, hermanos míos, quisiera hacer una reflexión sobre un hecho que me ha llamado siempre la atención: es que el cristiano, el hombre que está bautizado, si es infiel á las promesas que tiene hechas, si olvida los sagrados compromisos que